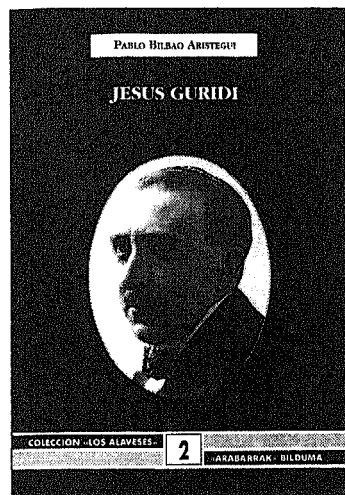


Jesús Guridi

BILBAO ARISTEGUI, Pablo

Colección "Los alaveses"/
"Arabarrak" Bilduma. Vitoria-
Gasteiz, Diputación Foral de
Alava, 1992, 74 págs.



En el juego de los barcos, al que ya no sé si siguen jugando los niños, sobre un papel cuadriculado, nos decía el contrincante: 6 F o 7 B, y el obús caía, inofensivo y distante, en el anónimo mar de su hoja de papel. Aquellas bombas de entretenimiento caían, ciertas, sobre nuestros escondidos buques, para arrasarlos de mentirijillas, y, matar, al menos, nuestro posible aburrimiento.

De forma viva y vistosa cae la pluma de Bilbao Arístegui sobre la vida de Guridi, pero no para desmantelarla ni arrasarla, ni siquiera como entretenimiento, sino para abrazarla y amarla. Parece como si el amigo personal de don Jesús, que es don Pablo, cayera ya, no sobre

las otras generaciones anteriores, sino sobre los de la suya propia, o sobre los arrabales de su propio corazón. O acaso, Bilbao Arístegui participe, a su manera, de aquel juego de los barcos, para apresar en diez cuadrículas la vida de Guridi, esta vida de Guridi, que se esfuma en apenas tres cuartos de hora de lectura.

Con las señales de identidad que nos ofrece Bilbao Arístegui sobre Guridi aquí, nos nace una reacción instintiva: pedirle al excelente musicólogo y ensayista que nos cuente muchas cosas más de toda las que debe saber sobre el compositor alavés. Registrada y compuesta por el arte, las noticias y el bien decir, esta semblanza de Guridi nos engancha desde el principio y desagobia nuestra respiración, para aligerar el paso en la lectura de sus diez capítulos.

Fijos como un tatuaje quedan los diez, después de su prólogo correspondiente, trazado por el mismo Bilbao. Suenan así sus títulos: *albores, salida a Europa, primeras composiciones, Mirentxu, Amaya, zarzuela, orquesta, canción, órgano y piano y epílogo*. Encuadra los diez, de un solo golpe de vista, una cronología y sazonan todo el entramado veinticuatro fotograffas de Guridi, de su mujer, de sus hijos, de sus amigos y colaboradores, de sus obras, de sus paisajes, únicas e irrepetibles algunas de ellas, quizás propiedad del autor, que las ofrece por primera vez.

Las noticias de los "albores" ponen sus graves manos sobre nuestros hombros, para recordarnos que Jesús Guridi Badio-

la nació en Vitoria, en la casa nº 36 de la calle Florida, el 25 de septiembre de 1886. Azares económicos obligaron a su familia, a unos cambios de domicilio, primero a Zaragoza, después a Madrid y más tarde a Bilbao. Clava aquí el recuerdo Arístegui para hablar del *Cuartito*. "No se puede hablar de Guridi y Bilbao -dice él- sin mencionar al *Cuartito*. En el entresuelo del nº 8 del Arenal se reunían a diario, de siete a nueve, un grupo de distinguidos aficionados a la música. El mobiliario muy austero, se reducía a un piano vertical y pocos bancos de madera tapizada. Se hacía tertulia, discusión y comentario de las novedades del mundo musical, y se hacía música-, con obras de piano, sonatas y cuartetos". Independientemente de la trascendencia que el *Cuartito* tuvo en la música de Bilbao, el 28 de enero de 1901, sus protagonistas, decidieron presentar ante el "todo Bilbao" al joven compositor y pianista Jesús Guridi, hijo del profesor de la orquesta del Teatro Arriaga, Lorenzo Guridi". Nuestro protagonista contaba con catorce años. Si la expectación fue grande, no fue menos el éxito.

Y el conde de Zubiri, amigo de quienes frecuentaban el *Cuartito*, surgió, de improviso, como mecenas y se ofreció a costearle a nuestro Guridi, todos los gastos en París. Arístegui, en su segundo capítulo, nos configura las menudas tareas, de los estudios del músico alavés en la *Schola Cantorum* de la capital de Francia, como el desarrollo de su vivir

cotidiano, en la pensión de la rue Saint Jacques, nº 269, donde ya se hospedaba su amigo José María de Usandizaga. "El examen de composición de Guridi, -razona Bilbao Arístegui- el mejor de los que se hicieron en la clase, mereció elogios de D'Indy y el honor de que lo interpretara dos veces, como ejemplo, ante el auditorio". Después vinieron los estudios en Bruselas, junto a Jongen, eminente organista y compositor y más tarde en Colonia, junto a Neitzel, donde pulirá la técnica de la instrumentación.

No se hereda, pienso yo, ni la inteligencia, ni el color, ni la estatura, sino un carácter, un talante y un modo de ser perfectible, que depende de muchísimos genes, de diversísimas posibles combinaciones entre ellos, además de otras mil circunstancias y factores. De los conocimientos transmitidos por sus padres: Lorenzo, de Guernica, violinista, y, de su madre, Trinidad, de Pamplona, pianista; de Valentín Arín, guipuzcoano, de Villafranca, profesor en el conservatorio de Madrid; de Juan Carlos Cortázar, Javier Arisqueta, Sainz Basabe y Lope Alana; de D'Indy, Jongel y Neitzel... Guridi daba ya por concluido su periplo de aprendizaje y empezaba ahora el momento de su creatividad.

En cierta entrevista Guridi desarmaba a su interlocutor cuando le respondía en frase escueta y espontánea: "A mi lo que me gusta es tocar el órgano". "Tocar e improvisar" añade Arístegui.

Y con las maletas de su corazón y de su cabeza repletas, Guridi conseguirá aparecer el inagotable idioma completo de sus composiciones. Primero "Elegía", de violín y piano, dedicada a su amigo, Joaquín Blanco Recio y después "Así cantan los chicos", de la que Manuel de Falla dirá: "obra merecedora por sí sola de otorgar fama imperecedera a su autor". El tercer capítulo de la semblanza así se consagra a describir esas dos primeras composiciones, con citas precisas de Otaño, Ferrer y Carlos Bosch. Además, una singular fotografía de Guridi, con 21 años, en Bruselas, encabeza el apartado.

Traza después Arístegui un cuarto capítulo para abrazar la obra lírica de *Mirentxu* y los cambios por los que atravesó la pieza, compuesta a sus veintidós años. Aquí, una vez más, la naturaleza triunfa sobre los monopolios, y, chasqueando la autosuficiencia de los instalados, logra el mantenimiento del vigor juvenil también en este campo, es decir, en el de la composición musical. A su asa, el capítulo quinto, titulado: "Amaya". Del "idilio lírico" Guridi saltaba al drama, con tiento y dedicación; nada de saltos mortales, sin red. Diez penitentes años de "despaciosa escritura y gestación" dedicó a la confección de este drama lírico, para extraerle todo su jugo a la novela de Navarro Villoslada. Con clima de apoteosis se estrenó en el Teatro Real de Madrid, también en el Liceo de Barcelona, en el Colón de

Buenos Aires y en la ópera de Praga. Bilbao Arístegui nos lo recuerda con todo lujo de detalles.

En los dos capítulos siguientes, el sexto y el séptimo, según nuestra distribución convencional, titulados *Zarzuela y Orquesta*, se estudian dos de los aspectos más sobresalientes de Guridi: los por qué de su incorporación al mundo de la zarzuela y toda su producción orquestal. Confundir la paternidad de Guridi en estos campos con una instantánea programación, resultaría un lamentable error, siendo así que se trata de una casi infinita tarea de donación generosa y desordenada. Ahí quedan como toda una obra de arte, *El caserío* (1926), *La meiga* (1928), *Mandolinata* (1935), *Mari-Eli* (1936), *Penamariana* (1944) y *La condesa de la aguja y el dedal* (1950), como "todo un tronco de parábola, de quehacer fecundo en el teatro lírico" por un lado y por otro: *Leyenda vasca* (1915), *Una aventura de don Quijote* (1915), *En un barco fenicio* (1927), *Diez melodías vascas* (1941) y *Sinfonía pirenaica* (1946).

¡Cuánto jubileo de colores y cuánta hermosura junta! El amor y la música lírica de Guridi no se dicen: se hacen, se hicieron. Son inefables; no pueden reducirse ni a expresiones, ni a títulos, ni a calificaciones. Lo que queda, controlable y claro, es la fidelidad de Guridi a la infinita tradición vasca y a la continuidad de su actividad vital, por ejemplo, en *El caserío* o

en las *Diez melodías vascas*. Lo demás, todo lo demás, es incontrolable. Queda claro, a nuestro parecer, que en estas danzas se manifiesta ese afán dionisiaco de tirar la casa por la ventana, de hacer jubilosa y sentida, como una seducción, sus sentimientos. Más y más todavía: el propósito de transformar el sentimiento en estética, a fuerza de gozo, amor, ritmo y guapeza.

En otros dos capítulos más, octavo y noveno, Bilbao Arístegui, encierra el curso creativo de Guridi, bajo el título de: "*Canción*" y "*Organo y Piano*". Sobre la primera, desde el principio Arístegui nos sale al paso así: "Resultaría enojosa la pretensión de catalogar todo lo que Guridi escribió para coros (voces blancas, voces iguales, voces mixtas), porque pertenecen ya al acervo de todos los orfeones y los oímos con frecuencia". Pero al excelente musicólogo que hay en Arístegui no se le escapa el mencionar *Eusko Iru-diak*, también titulada *Cuadros Vascos, Seis canciones castellanas* (interpretadas por Teresa Berganza naturalmente, como ideal de intérprete) y las *Seis canciones infantiles*.

Por lo que se refiere al "*Organo y piano*", Bilbao Arístegui emplea un noveno capítulo, prieto de noticias. "El sentido del órgano de Guridi - dice él- lo podríamos verificar a través de un doble prisma: el de servidor religioso, rendido, un hombre como él de fe robusta, y el del armonista excelso, que, desde el teclado y pedales de órgano, señoreaba

todos los horizontes de la sabiduría y oficios musicales" (pág.63). Y allá va, sobre el mar de composiciones, hechas carne anónima de la tierra vasca, el "*Tríptico del Buen Pastor*" (1954), *Variaciones sobre un tema vasco* (1948), *Vasconia* (1957) y *Homenaje a Walt Disney* (1956), lo mismo que una nave escorándose y enderezándose, la Euskal Herria tambaleante y cierta, fiera e infantil, religiosa y universal. No podía ser de otro modo. "Guridi -razona Bilbao Arístegui- de honda raigambre religiosa, católico práctico no podía dejar desatendida la parcela de música sacra. Dejó no pocas obras, entre las que sobresalen tres misas: la *Misa de Requiem*, la *Misa en honor de San Ignacio de Loyola*, y la de mayor logro, *Misa en honor del Arcángel San Gabriel*, para tiples, tenores, bajos y órgano" (pág.68).

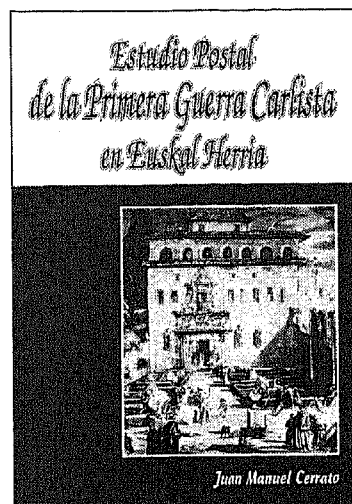
En fin, en esta semblanza de Guridi, el lector podrá quedar desconcertado, como yo, ante esa esperanzadora, brava, maravillosa casta vasca, tanto del músico alavés, como de su biógrafo Bilbao Arístegui. Ambos, a su manera, son de los vascos que dan la cara, que dan el pecho y que dan el corazón, sin pedir nada a cambio. Aunque estas páginas se lean deprisa, no desdeñen el releerlas despacio de nuevo, pues Bilbao Arístegui supo depositar su peso de silenciosa sabiduría en cada capítulo y con idéntico ritual. Gracias.

FRANCISCO
RODRIGUEZ DE CORO

Estudio postal de la primera guerra carlista en Euskal Herria.

Juan Manuel CERRATO

Vitoria-Gasteiz, Fundación Sancho el Sabio, 1993, 187 págs.



Los países más avanzados del mundo (Alemania, Gran Bretaña o Estados Unidos) se precian de poseer entre sus joyas más valiosas los ejemplares más raros de la filatelia mundial; piezas que valoran, estudian y exhiben, con un mimo y cuidado, comparable tan sólo al que nuestras pinacotecas demuestran por las obras de Goya, Velázquez, Zurbarán o Picasso.

Pues bien, la correspondencia, el correo, o como los iniciados a la filatelia gustan en llamar: la *posta*, constituye por sí misma una fuente documental, inagotable e imprescindible, de la historia de los pueblos. Sabedor Juan Ma-